

máximo rendimiento a las obras existentes y a los nuevos recursos que se pueden encontrar en la red.

Por todo esto, la obra *Panorama de Lingüística y Traductología* tiene un doble valor. En primer lugar la obra en sí proporciona un verdadero ‘panorama’ de la situación actual de los estudios de traducción haciendo especial hincapié en la traducción francés-español. En segundo lugar, la bibliografía, que ocupa casi la mitad de la obra, es una herramienta que en manos de un traductor resulta tan útil o más si cabe que una guía telefónica o un mapa para el ciudadano de a pie.

Finalmente quisiera añadir que esta obra ayuda también a aquellos que sin haber cursado los estudios propios de traducción quieran saber el alcance de estos estudios como disciplina independiente y separada de la lingüística y de los estudios filológicos. Sin duda, el lector de esta obra se sorprenderá al comprobar los alcances que los estudios de traducción tienen hoy en día pero sobre todo la gran sorpresa llegará cuando comprueben no sólo la gran cantidad de obras publicadas en el campo de la traducción sino la abundancia de recursos electrónicos que existen y que no sólo han de servir al traductor especializado sino a todo aquel que tenga curiosidad por el ámbito de la traducción e interpretación.

Juan de Dios Luque Durán
Universidad de Granada

PEREA SILLER, F. Javier (2005), *La lengua primitiva en España en el Renacimiento. La hipótesis hebrea y caldea*, Granada: Granada Lingüística, 221. págs.

En la INTRODUCCIÓN (págs. 5-9), expone de manera resumida las diferentes teorías acerca de cuál fue la lengua primitiva en la Península Ibérica. Frente a la filiación latina del castellano, idea generalizada en el s. XVI, surgieron otras teorías: entre ellas, la hipótesis hebrea (o caldea). También adelanta el desarrollo de su estudio en los diferentes capítulos y señala las dificultades del mismo; sobre todo el hecho de que se trata de documentos escritos en latín y de que la información se encuentra dispersa en textos de muy variada naturaleza.

En el capítulo 1 recoge “LA TRADICIÓN TUBÁLICA HASTA LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI” (págs. 11-47). La Biblia ofrece una doble explicación para la dispersión de las lenguas: el episodio

de Babel y la diáspora de los descendientes de Noé después del diluvio. De esta última arranca la teoría, según la cual Túbal, quinto hijo de Jafet, llegó a la Península. Perea nos frece el origen y desarrollo de esta tradición tubálica, desde S. Jerónimo hasta los estudiosos de la E. Media: aparece en S. Isidoro, aunque con ciertas dudas; también la encontramos en Rodrigo Jiménez de Rada, pero da más importancia a la relación con el mundo clásico. Ese último sitúa la llegada de Túbal por los Pirineos, interpretación que fue utilizada después para reivindicar que el euskera fue traído por Túbal. También Alfonso X y Alonso de Madrigal se hacen eco de la llegada de Túbal por los Pirineos.

En estos intentos de enlazar la cultura europea con la tradición bíblica, tuvo una gran importancia la obra de Annio Viterbo (1498) *Comentaria super opera auctorum diversorum de antiquitatibus loquentium*. Los pueblos de Europa van a buscar sus orígenes en las lenguas escitas, aramea o relacionadas con ella. Es una especulación destinada a la dignificación de las nuevas naciones. Viterbo pretende mostrar que la sabiduría traída a España por los patriarcas bíblicos antecede en más de mil años a la de los griegos. Entre los seguidores del método historiográfico de Viterbo, está Antonio de Nebrija, Marineo Sículo -uno de los primeros defensores de la hipótesis del vasco como lengua primitiva-, Pedro Ortiz y Juan de Rihuela. En esta línea de “crónicas falsificadas” alcanzaría gran difusión Florián de Ocampo y Esteban de Garibay.

La hipótesis del euskera como lengua primitiva busca una preeminencia superior a la que pudiera otorgar la nobleza de los godos. Esta postura la mantiene de una manera clara Marineo Sículo. Pero no todos admiten la teoría ni, incluso admitiéndola, le dan la misma interpretación. Martín de Viciano y Domingo Valtanas aluden al euskera como lengua primitiva, pero valoran más la lengua latina y la lengua española. En Antón Beuter y Florián de Ocampo encontramos “una oposición expresa a la teoría del vasco como lengua primitiva de España” (pág. 40).

Efectivamente, Florián de Ocampo, cronista de Carlos I desde 1539 y, al parecer, judío converso, magnifica en su *Crónica* (1545) los orígenes de España. Se erige en defensor del caldeo como lengua primitiva. Túbal vino a España y su lengua era el caldeo, pero el primer lugar que pobló Túbal fue Andalucía. Para ello se basa en la toponimia y en la antroponimia.

En el capítulo 2 expone Perea “LOS DEBATES DE LA HIPÓTESIS HEBRAICO-NABUCODONOSORIANA” (págs. 49-101). Las traducciones bíblicas que manejaban los judíos no dudaron en identi-

ficar Sefarad con la Península Ibérica. La antigüedad de la diáspora de los judíos españoles era una cuestión muy importante, pues garantizaba la nobleza de la migración judía y la libraba de su participación en la pasión y muerte de Cristo. Efectivamente, Isaac Abarbanel y Shelomov ibn Vega sitúan la primera población judía de España en los tiempos de Nabucodonosor.

En esta tradición hay que situar a Benito Arias Montano en su comentario sobre Abdías (los escritos de Montano tienen como objeto la exégesis bíblica): justifica la llegada de los judíos deportados por Nabucodonosor y admite una segunda migración en la época de Tito. De esta migración se hace eco Fray Luis de León, quien interpreta la profecía de Abdías en el sentido de que estos descendientes de judíos serán los que lleven el evangelio a las tierras del Nuevo Mundo. En el *Phaleg* –apéndice de la Biblia Políglota– Montano trata de establecer una geografía sacra en la que describe la distribución de los descendientes de Noé. Rechaza que fuera Túbal el que pobló la Península y atribuye este hecho a los descendientes de Tarsis. En *De Optimo Imperio*, que es un comentario al *Libro de Josué*, busca equivalencias en el latín y el castellano con los topónimos de la tierra de Canaán, especialmente en la Bética, pero también en Extremadura y en la provincia de Toledo. La mayor parte de estos topónimos encuentran su correspondencia en el área geográfica de la tribu de Judá, de la que debía nacer el Mesías. Los estudiosos de Montano han señalado su relación con familias de conversos, y algunos se han preguntado si no pertenecería él mismo a una familia de conversos.

La obra de Esteban de Garibay se publicó en 1571 y se sitúa en el grupo de los vascófilos: Túbal fue el primer habitante de España y trajo la lengua vasca. Su labor como cronista de la Corona sigue la misma línea de mistificación que había marcado Ocampo. Acepta las diferentes migraciones judías recogidas por otros estudiosos, pero lo que le interesa defender es la llegada de Túbal por el Norte y el euskera como lengua primitiva de la Península. El euskera, como lengua primitiva, llegó sin mezcla y es una lengua natural. Pero es interesante la insistencia en los demás asentamientos judíos: Toledo, Lucena, etc. Las relaciones de Garibay con Toledo son estrechas, y allí pasó gran parte de su vida. Esto hace pensar a Perea que Garibay trataba de favorecer a los conversos: “Esta hipótesis puede facilitar a su vez la explicación de por qué ha presentado una teoría lingüística que, defendiendo la primacía de la lengua vasca sobre el resto de las peninsulares, asiente en España, no obstante, un lugar representativo a lo hebreo” (pág. 102). Además de por tener un origen mítico, una lengua puede resultar ennoblecida si se la hace derivar de otras más

desarrolladas. Precisamente, en 1546, el valenciano Pero Antón Beuter rechazó la primogenitura del vasco porque no se parecía a las lenguas aramea ni caldea.

El capítulo 3 está dedicado a “LAS HIPÓTESIS SEMÍTICAS A FINALES DEL S. XVI Y PRIMEROS DEL XVII” (págs. 111-156). Es un periodo en el que renace el interés por las lenguas dentro de una actitud propagandística de alabanza de la patria. La búsqueda abusiva de la antigüedad se aplica también al castellano, que se convierte así en la lengua del nieto de Noé: esta es, por ejemplo, la fantástica historia de Gregorio López Madera. En este ambiente hay que situar la obra de Pablo de Céspedes, *Discurso sobre la antigüedad de la catedral de Córdoba y cómo antes era templo del dios Jano*. Pero Céspedes avanza la antigüedad con una interpretación personal: identifica a Jano con Noé. El templo de Jano, en definitiva, es un templo edificado por los descendientes de Jafet al dios de Noé. Para demostrarlo lleva a cabo una fantástica prueba etimológica. Se trata, en el fondo, de un laus de la ciudad de Córdoba. La lengua que se habló desde la fundación de la ciudad fue el hebreo, y todos los topónimos que estudia los hace derivar del hebreo: el parecido fónico es el impulsor de la propuesta etimológica; y después viene la aplicación del significado del étimo propuesto a la realidad extralingüística.

También en la lexicografía de la época está presente la hipótesis hebrea. Entre estas obras lexicográficas, Perea se refiere al *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias, a los *Alfabetos* de Francisco del Rosal –sobre todo los dos primeros– y al *Tratado de Etymologia* de Bartolomé Valverde. El quehacer etimológico del Renacimiento considera que explicar la etimología equivale a explicar las cosas, pues, en su origen, los nombres eran motivados. La intuición juega un papel fundamental. No es de extrañar que, aunque haya diferencias entre los tres estudiosos, compartan una serie de operaciones formales: todos justifican los supuestos hebraísmos a partir de la tradición bíblica, pues, si no se encuentra una etimología conocida, lo seguro es acudir a la fuente y madre de todas las lenguas, el hebreo; encontramos también una tendencia a atribuir origen hebreo a términos procedentes del árabe, pues se asume que el árabe es una corrupción del hebreo; el hebreo atribuye antigüedad, pero el árabe afea la lengua.

El último testimonio recogido sobre la hipótesis hebrea es el de Francisco de Quevedo en su *España defendida* (1609), con la que pretende responder a los detractores de la patria y que pertenece al género de las laudes. Según Quevedo, por razones climáticas, los países meridionales y orientales debieron poblarse antes que los del Norte. Rechaza la teoría de López Madera y propone que la lengua española procede directamente de la lengua hebrea, pues la gramática (declinaciones de los

nombres y conjugaciones de los verbos) es la propia del hebreo. Pero, de manera un tanto paradójica, la segunda llegada de los judíos es considerada por Quevedo como una mancha. En cuanto al léxico, admite su procedencia de diferentes lenguas.

En el capítulo 4 se recogen “TESTIMONIOS CONTRA EL MITO TUBÁLICO Y LA ANTIGUA PRESENCIA HEBREA Y CALDEA EN ESPAÑA” (págs. 157-192). La reivindicación del euskera como lengua primitiva de la Península y los intentos de identificar la lengua primitiva con el caldeo son respuestas alternativas a la historiografía oficial por parte de grupos amenazados (los fueristas vascos, los últimos judíos españoles y algunos conversos). En el segundo caso aparecerá también una dignificación del pasado histórico y de la lengua española. Frente a ello, “la filología y la historiografía oficiales se esforzarán en estrechar los lazos entre lo castellano y lo latino, en un proceso de idealización de ese último elemento y su conversión en la imagen del presente imperial” (pág 158). En este contexto surgen las críticas del mito tubálico y de los intentos de semitización de lo español. Y en este contexto hay que situar a Bernardo de Aldrete.

Se alzan voces en contra de la interpretación de los textos bíblicos que sitúan a Túbal en España. Esta es la posición del portugués Jerónimo de Oleastro, de Mateo Beroaldo, del jesuita Francisco de Ribera y de Tomás de Maluendo –este último perteneciente a la Orden de Predicadores: rechazan la identificación de Túbal con España. No faltaron autores que se percataron de la artificiosidad de las etimologías que justificaban la hipótesis tubálica: así Nebrija y Juan de Mariana critican, entre otras, la etimología de Setúbal. Y esa es la posición crítica de Bernardo de Aldrete. Ambrosio de Morales, continuador de la *Crónica General* de Florián de Ocampo, rechaza también que la lengua de los vizcaínos fuera la lengua antigua común a toda España. Y Juan de Mariana se apoya en Ambrosio de Morales para afirmar que en España hubo varias lenguas primitivas.

No todos los humanistas de finales del s. XVI estaban dispuestos a afirmar un pasado semitizado para España, ya por reivindicar un pasado imperial o por prejuicios antisemitas. Francisco de Ribera y Juan de Mariana rechazan la tradición bibliográfica judía. El primero no admite la llegada de los judíos en tiempos de Nabucodonosor, utilizando como argumento los propios textos bíblicos; el segundo considera que esa emigración está poco documentada. Para Ambrosio de Morales, considerado historiador riguroso, la tradición filohebrea no disponía de testimonios fiables: su finalidad es ensalzar el pasado romano español, por lo que elude sistemáticamente el tratamiento del periodo anterior.

La obra de Aldrete (1607) *Del origen y principio de la lengua castellana ò romance que oi se habla en España* representa una conjun-

ción de las posturas antihebraicas. Refuta la llegada antigua de los judíos y niega la toponimia hebrea en la Península. Parece que en Aldrete había sentimientos antisemitas (pág. 178). No encuentra argumentos históricos para la aceptación de la tesis hebrea, más bien cree que los judíos, que tuvieron importancia por necesidad de dinero en la guerra contra los musulmanes, después se dieron a las letras y reescribieron la historia a su favor. Respecto a las etimologías supuestamente de origen hebreo, Aldrete las atribuye a la presencia de fenicios y cartagineses. La influencia de Aldrete se deja sentir en Juan de Pineda y Francisco del Rosal.

A modo de conclusión valorativa, podemos decir que estamos ante un estudio que hay que situar –como el propio autor hace en varias ocasiones- dentro de la historiografía lingüística, aunque los trabajos que constituyen su objeto de investigación no destaquen en su mayor parte por un tratamiento objetivo de los temas lingüísticos que abordan.

En segundo lugar, hay que destacar la claridad e, incluso, la amenidad del texto, pues, a pesar de la presencia de una abundante documentación y de su carácter técnico y riguroso, predomina un discurso expositivo a través del cual el lector adquiere una idea cabal de las diferentes hipótesis acerca de la lengua primitiva de la Península Ibérica.

En tercer lugar, es necesario señalar también la dificultad del tema estudiado. El propio autor ya lo destaca en la INTRODUCCIÓN, al aludir a la diversidad de documentos en los que se encuentra dispersa la información sobre el tema y al hecho de que muchos de esos documentos están escritos en latín. Me atrevería a añadir algún dato más que, si no es necesariamente causa de dificultad, sí que aumenta la complejidad de las fuentes que se utilizan. Hay tres niveles de información, que se sitúan en tres momentos históricos diferentes: hay unas fuentes antiguas o clásicas – desde los propios textos bíblicos- en las que los estudiosos del periodo investigado se apoyan para justificar su interpretación; junto a esos documentos antiguos están los propios discursos producidos por los autores del periodo estudiado; y, finalmente, tenemos los estudios -que podemos considerar actuales, relativamente recientes- en los que, desde diferentes puntos de vista –antropológico, histórico o lingüístico- se encuentran diversas interpretaciones del periodo estudiado. Los dos últimos estratos han sido utilizados de manera crítica y sistemática por F. Javier Perea.

Francisco Osuna García
Universidad de Córdoba